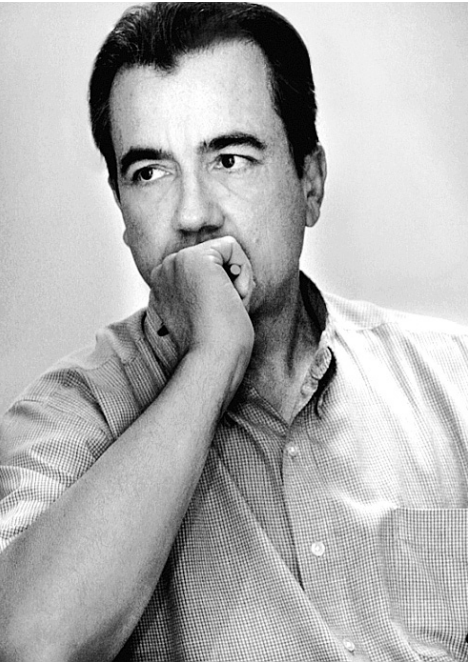




Arq. Luis V. Badillo

La Rada:

LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ

Por Arq. Luis V. Badillo, AIA, CAAPPR /
ESPECIAL PARA CONSTRUCCIÓN

Había llegado puntual a las 5:30 p.m., la hora acordada para mi entrevista, pero no fue sino hasta 45 minutos más tarde cuando se aproximó el arquitecto Carl B. Brunner, de quien seis años más tarde llegaría a ser socio. Con el “don de gente” que siempre lo acompañó, en un español fluido con un disimulado acento “continental” se disculpó por la prolongada espera y apenado por la hora me invitó a continuar la entrevista mientras cenábamos. De inmediato nos encaminamos al restaurante que ubicaba justo en el edificio vecino, edificio que hasta entonces sólo había visto desde el automóvil durante mis ocasionales paseos por el Condado.

Aun cuando anteriormente nunca lo había visitado, como arquitecto, “La Rada” no me era completamente extraño, lo reconocía de mis estudios sobre la obra de Henry Klumb, arquitecto alemán que se estableció en Puerto Rico a donde había llegado en 1944 invitado por el Gobernador Tugwell. La difusa luz de aquella noche temprana, le favorecía grandemente, lucía austero, sobrio y mínimo, tal como Klumb lo debió de haber pensado. Al subir los pocos escalones de su entrada y una vez superado el modesto vestíbulo, se abrió para mi asombro, el magnífico panorama de la Laguna del Condado, antecedida por una abundante vegetación de características cuasi-selváticas la cual había “sobre-crecido” en el patio central del noble edificio. Sus cinco niveles de pasillos, abrían en forma generosa enmarcando la panorámica y aceptando un papel secundario que cedía el protagonismo a la bella Laguna.

Un Santurce casi Miramar que ya a esa hora comenzaba a adornarse con cientos de pequeñas luces, servía como telón de fondo a aquella vista hábilmente controlada. Bajamos al nivel del patio por amplios escalones de hormigón que parecían flotar y usando un pasillo abierto de abrumador sabor a trópico moderno, ya junto a la piscina, llegamos al restaurante. Aquel era un emblemático “steakhouse” punto de encuentro del “snob” sanjuanero del momento y en donde sobre una excelente cena, conversamos de arquitectura y de ofertas de trabajo que luego habrían de convertirse en mi realidad por un cuarto de siglo.

Una vez concluida la entrevista, me escapé

para recorrer aquel singular edificio tenuemente iluminado. Fue entonces que descubrí sus amplias galerías con columnas insertadas al paso, sus entradas elevadas garantizándole privacidad a los residentes, la ausencia de accesorios superfluos y el empleo rítmico de luces, planos y limpias formas que mágicamente componían un ambiente de escueta elegancia casi monástica.

En aquel marzo de 1985, “La Rada” no era ni cercanamente un edificio nuevo, por el contrario, inaugurado en 1950, para los ochenta, ya era un experimentado condominio, albergando acogedores apartamentos así como interesantes oficinas que se habían acomodado en singulares espacios. Aun y cuando ya no lucía “flamante” había logrado escapar hasta aquel momento, del apetito modificador del puer-torriqueño, y conservaba todavía, muchos de los elementos que lo hacían único.

Durante los cuatro años que siguieron a esa primera visita, disfruté en varias ocasiones de veladas similares junto a Pilarín con amistades y clientes, quienes sin excepción, quedaban cautivados por el Sitio. En septiembre de 1989, el huracán Hugo, humilló a “La Rada” y aun cuando intentó recuperarse, nunca volvería a ser lo mismo, siendo rematado nueve años después, por los vientos de Georges. Ambos fenómenos se encargaron de arrancar ventanas, reducir a escombros el restaurante y ensuciar la amplia piscina a niveles bochornosos. Las reparaciones que acompañaron a la recuperación, fueron apuradas y carentes de interés por el rescate histórico. La selección de los nuevos componentes, que venían a sustituir aquellos originales “llevados por los vientos” fue desacertada y desconocedora del valor del edificio.

Plantado desafiante, justo frente al “Condado Vanderbilt” uno de los grandes mimados de nuestra arquitectura, “La Rada” forma parte de una generación de edificios Modernos, que capturaron la atención de todos, particularmente a partir de la inauguración del Caribe Hilton en diciembre de 1949. La fastuosa Gala Inaugural del Hilton, pareció anunciar el comienzo de una nueva época y la decidida entrada de Puerto Rico al Modernismo. Hasta entonces la arquitectura en Puerto Rico era una de corte “historicista” pero una nueva generación de talentosos arquitectos del momento, habrá de retar estos planteamientos estilísticos de la época, haciendo notables aportaciones y dejando para la historia un gran legado de arquitectura Moderna con genuina vocación tropical.

El movimiento Moderno no fue privativo de la arquitectura, el mismo abarcó la literatura,

Plantado desafiante, justo frente al “Condado Vanderbilt”, uno de los grandes mimados de nuestra arquitectura, “La Rada” forma parte de una generación de edificios modernos que capturaron la atención de todos, particularmente a partir de la inauguración del Caribe Hilton en diciembre de 1949.

las artes plásticas y hasta revolucionarios planteamientos filosóficos. Aunque el origen del Modernismo es una fecha algo disputada, ubicándola algunos, en el último lustro del siglo XVIII, en lo que respecta a la arquitectura, sus primeras manifestaciones están ligadas a la Revolución Industrial del Siglo XIX. Ya para la década de los 1920 varios de los más emblemáticos arquitectos “modernistas” europeos gozaban de una reputación establecida, mientras que en los Estados Unidos aunque se ejecutaban obras con interesantes tangencias “Modernas” las mismas no exhibían el nivel de compromiso, con el nuevo canon, de sus contrapartes europeas. No fue sino hasta la Guerra Civil Española y particularmente con la Segunda Guerra Mundial, cuando el Modernismo europeo, exiliado en América, se encargara de afianzar en nuestro Continente la Nueva Propuesta Estética.

En Puerto Rico el Modernismo en la arquitectura se manifiesta relativamente tarde, pero el mismo logra una exitosa incursión, debido en gran medida, al auspicio que sin ambages le brindó el Gobierno de entonces. Este pareció reconocer en la arquitectura su potencial para proyectar una imagen de cambio, “El Nuevo País”. Como resultado se promocionaron innumerables obras de distinguible calidad que habrán de repartirse desde finales de la década de los 1940 hasta los 70. Desconocer su lugar en la historia así como ignorar la calidad de nuestra arquitectura “Moderna” nos impide escandalizarnos cuando la vemos modificarse desaprensivamente o peor aun desaparecer. Este trato de excesiva familiaridad, carente de cortesía hacia el Lugar, propende al maltrato de la Obra y alienta aquellas voces más irreverentes a calificarla como adefesio, elaborar sobre su obsolescencia y hasta ambicionar su demolición.

Hoy “La Rada” como caricatura de sí mismo, olvidado a la orilla de la Ashford, exhibe sin pudor sus fachadas deterioradas, tristemente maquilladas con letreros comerciales, sobre-

cargadas ventanas de marcos blancos y paredes perforadas por acondicionadores de aire enmohecidos. El área junto a la piscina que hasta hace tan sólo dos décadas, ocupaba aquel restaurante de inolvidables veladas, está convertida en un estacionamiento de negro asfalto, adornado por aquella Laguna, que muchos disfrutábamos, pero que hoy es privilegio reservado para algunos silenciosos vehículos.

Disminuido a ser un simple rastro de nuestro pasado reciente, “La Rada” conserva aún su esencia y el potencial de avivar en aquellos que hoy lo habitan, la estima por el Lugar y la urgencia por su rescate.

El autor es arquitecto/socio de Méndez, Brunner, Badillo & Associates. Acceda a www.mbbarchitects.com o escriba a luisvbadillo@cs.com.



La estructura se distinguía por la ausencia de accesorios superfluos y el empleo rítmico de luces, planos y limpias formas que mágicamente componían un ambiente de escueta elegancia casi monástica.



La Rada, en todo su esplendor.

